

Dotada de superior inteligencia, supo ligeros delicadamente á aquellos dos hombres, que frecuentemente pasaban todo el día en su despacho, y que, por la noche, hababan en sus casas el orden más perfecto.

No ignoraba la amistad de los Bresson con el conde de Pielau y Jorge Renaudet. Los veía á menudo en sus recepciones, en las comidas de confianza ó en la habitación de su marido; pero no sospechaba el pacto que los unía y no los conceptuaba sino amigos un poco más afectuosos y queridos que los demás.

En la época en que da principio este drama, la baronesa Bresson se acercaba suavemente á los treinta años por un camino tapizado de flores.

La menor nube no había empañado la felicidad de los esposos: nunca la menor sospecha había empañado la reputación de la joven baronesa. Nunca había manifestado ésta deso que no hubiera sido satisfecho al instante.

Adorada por su marido, mimada por su cuñado, como hijo predilecto, podía pasar por la mujer más feliz y más digna de envidia.

Su belleza, por otra parte, iba en aumento, y la maternidad vivante desada por los dos hermanos, no defumaba aón su cuerpo de maravillosa frescura.

Brillaba en todo el esplendor de rubia, magníficamente hermosa, y rara vez se pronunciaba su nombre sin añadirle este epíteto: la hermosa señora Bresson.

Nadie lo merecía mejor que ella.

De elevada estatura, esbelta y fuerte á la par, blanca como un cisne, de cabellos rubio-claro abundantísimos, con ojos de un azul comparable al del más oscuro zafir, cutis deslumbrador, brazos y dientes magníficos, estaba formada para inspirar verdaderas pasiones.

Libre como el aire, iba por donde quería, gobernaba á su antojo su vida y su casa, segura de ser acogida por los dos hermanos con la amable sonrisa que le probaba el acrecimiento del poder que había sabido adquirir sobre aquellos dos poderes.

Santiago se creía y podía creerse smado, si no cen pasión, por lo menos el ceramente.

No podía más.

La astucia de la baronesa adormecía su suspicacia.

Era preciso un cataclismo para despertarle.

II

LA CITA.

El 26 de Febrero de 1863, por la noche, un cupé magnífico estaba parado en la plaza de la Opera ante un círculo que pasa por ser uno de los más lujosos y temibles garitos del mundo.

Un hombre, joven todavía, esbelto, de elevada estatura y que por su rápido paso parecía tener

prisa, envuelto en un abrigo de pieles, salió del monumental vestibulo de aquella casa.

Aquel *gentleman*, conocido por todo el París vicioso, se llamaba el duque Huberto de Vaudrey-Langou.

Tenía entonces treinta y dos años y reputación de elegancia y de talento indiscutibles, y sobre todo fama de hombre de buena suerte, justificada por su lujo y brillante aspecto.

Hallábase aquella noche, según las apariencias, de un humor detestable. Las cartas le habían sido contrarias, sin duda, y era jugador empedernido.

El juego es una peste de este siglo, tan peligrosa como todos los tifus y filoxeras del mundo.

La aguja del reloj neumático del Registro marcaba las once menos diez minutos.

El señor de Vaudrey se dirigió rápidamente á su carruaje, y dijo al cochero:

—Avenida Velazquez. Pronto.

El tiempo estaba seco y frío; los transeúntes eran escasos.

El caballo enfiló con suave trote hacia el boulevard Maleherbes, y subió por el rápidamente hasta la verja del parque Monceau.

Allí se detuvo.

El duque bajó, despidió al cochero con un gesto, levantó el cuello de su abrigo, tanto para no ser conocido como para evitar el frío, que era penetrante, franqueó la verja y atravesó el parque de extremo á extremo.

Bajó después por la avenida de Messine, y al lle-

gar al centro se orientó y volvió á la esquina de la calle de Teheran.

A unos cien pasos de la avenida se detuvo algunos instantes en la acera y dirigió adelante y atrás una penetrante mirada.

La calle estaba desierta, casi completamente á oscuras. Sólo á su extremo, de las ventanas de un primer piso, se proyectaban sobre el pavimento luces bastante intensas y se oían debilitados los acordes de la orquesta de un baile.

El duque se acercó á una puerta baja, abierta en un muro de sillería que parecía cerrar por aquella parte el jardín de una casa suntuosa y empujó la puerta que cedió sin resistencia.

En el fondo del jardín, á la izquierda, se distinguía confusamente la silueta imponente de un palacio Luis XV, cuya fachada principal debía dar á la Avenida de Messine.

El duque, después de detenerse cierto tiempo, se dirigió hacia el palacio por una ancha calle circular que giraba en derredor de un pradillo lleno de grupos de arbustos; apenas habia andado algunos pasos, cuando fué recibido por una mujer que, destacándose del tronco de un castaño donde se ocultaba, dijo en voz baja.

—¿Es usted, señor duque?

—Sí.

—Haga el favor de seguirme. La señora le espera impaciente.

Y echó á andar delante sin añadir más palabra.

Subieron ambos por una escalera escusada, abierta en una especie de pabellón avanzado al extremo del palacio, hacia la calle de Teheran.

La escalera estaba slumbrada por un solo mechero de gas.

Toda la fachada del palacio, como si no estuviese habitado, estaba á oscuras, excepto dos ventanas de la esquina,

—Los criados están en sus habitaciones ó han salido—dijo el Señor de Vaudrey su guía, doncella cuyo nombre era Luciana. —La señora baronesa y yo estamos casi completamente solos esta noche.

En el primer piso abrió una puerta que daba á la habitación particular de su señora.

El duque atravesó primero una sala de baño lujosísima.

La bañera de plata, encajada en madera de encina, brillaba en la penumbra á luz de la bujía que la doncella llevaba delante del duque.

Gruesa alfombra ahogaba el ruido de sus pasos.

En la tercera puerta, Luciana separó un flexible y pesado tapiz, el más hermoso que las fábricas de Lyon han producido, se apartó para dejar paso al nocturno visitante, y dijo:

—Entre usted, señor duque.

El tapiz volvió á caer sobre la alfombra con suave ruido.

El señor de Vaudrey había llegado.

Desde la puerta de la habitación en que se traba, pudo gozar del espectáculo más delicioso que el amor reserva á sus favoritos.

Una mujer de rara elegancia, envuelta en un peinador de satén color malva, se incorporaba á medias sobre el diván bajo y ancho en que estaba medio echada y murmuraba, al verle, estos monosílabos llenos de recriminaciones y promesas:

—¡Por fin!

El duque se adelantó sonriendo, se inclinó sobre la mano que le tendía, apoyó en ella sus labios con un prolongado beso.

Los dos enamorados—pues sin duda se trataba de una cita amorosa—eran dos modelos notables de la hermosura humana.

Pero aunque la mujer era hermosísima, el hombre la superaba.

Huberto de Vaudrey pasaba, con razón, por uno de los hombres más hermosos y seductores de su tiempo.

Al mirarle, se explicaba que se viese, por decirlo así, agobiado de triunfos amorosos.

Su sonrisa tenía, cuando deseaba, una dulzura inefable. Ningún pincel, por hábil que fuera, podría expresar el brillo y la penetración de su fascinadora mirada.

Sus dientes menudos y blancos, sus labios rojos, sus cabellos negros y su cutis mate, ligeramente moreno, su bigote fino, su continente esbelto y vigoroso y su aspecto de noble abolengo, hacían de él una verdadera obra maestra.

Hablamos de lo físico.

En lo moral era lo contrario.

El duque era robusto como aquellos que tienen perfectamente proporcionado su cuerpo.

Diestro en todos los ejercicios corporales, jinete de primer orden, tirador de mérito, había cultivado con pasión el manejo de la pistola y del sable, pensando que es preciso ser, en ciertas ocasiones, dueño de la vida de los otros.

Un observador hubiera descubierto fácilmente en sus ojos, tan agasajadores de ordinario, cierta dureza rayana en crueldad, mientras la comisura de sus delgados labios expresaba en ocasiones altivez despreciativa y feroz egoísmo.

Dieciocho meses antes, durante su estancia de algunas semanas en su castillo de Laugou, situado á tres leguas próximamente de Scaer, residencia favorita de los Brésson, y á igual distancia de Plelan, hacienda del conde Huges, había emprendido por pasatiempo la conquista de Luisa Renaud, que hacía cinco años era esposa de Santiago Brésson, y se había metido en una intriga que lisonjeaba su orgullo, pero que se apoderó de su alma más de lo que hubiera deseado.

¿Era solo la hermosura de la joven lo que le había prendado, ó su fortuna ejercía sobre él una atracción á la cual cedía inconscientemente como si el oro tuviese las virtudes del imán?

Lo cierto es, que según disminuían sus recursos y crecía el desastre, ó más bien la ruina de sus negocios, ruina que más tarde explicaremos, había meditado muchas veces sobre la influencia casi mágica que ejercía sobre Luisa Renaud, ya conver-

tida en su amante, la cual, viuda y dueña de la fortuna de su marido, hubiera sido una ideal duquesa de Vaudrey.

Pero lo que podemos anticipar es que, de los dos cómplices, el más criminal era la hija del coronel Renaud.

Este cálculo en que el duque no se atrevió á fijarse sino vagamente en los momentos críticos de su ruina, lo había hecho ella en aquel palacio donde la colmaba de favores el hombre honrado á quien vendía.

Ella se había dicho claramente:

—¡Qué fastidio no ser viuda y libre! Me llamaría duquesa de Vaudrey.

El duque, al perseguir con sus galanteos á la joven, había despertado en ella pasiones que dormían desde su matrimonio.

Los primeros años habían transcurrido entre los goces de aquella fortuna régia que hasta entonces solo había podido entrever en sueños y como espejismo inalcanzable.

Cada día experimentaba nuevas sorpresas bastante extraordinarias para no dejar entrada á otros deseos.

Las magníficas residencias de Scaer en Bretaña; de Villiers, en Seine-et-Marne; una *billa* regia que su marido hizo construir en Tourville, cerca de Dieppe y el palacio de la calle de Mesina le produjeron al principio deslumbramientos que le impedían fijarse en los homenajes que la granjeaban su

gran hermosura, realizada por el lujo que le permitía su nueva opulencia.

Cuando el duque la encontró en las soledades del Morbihan, donde la proximidad de las dos residencias engendraba una serie de relaciones sociales, las seducciones de aquella fortuna no eran ya tan poderosas.

Se había habituado á ellas.

La saciedad venía, y con ella otras aspiraciones.

El joven, con su perfecta experiencia, comprendió que el terreno estaba admirablemente preparado, y con habilidad infernal supo aprovechar las circunstancias que le entregaban aquella soberbia presa.

Luisa Renaud había codiciado ardientemente la riqueza.

Nada le quedaba que ambicionar por esta parte.

Deseó el amor.

Cayó, en la edad de los deslices terribles, en las redes de una violenta pasión por el brillante noble que realizaba su ideal.

Se entregó á comparaciones que no fueron ventajosas para su marido.

Si el uno era más firme, más seguro, más sincero, más digno de estimación y afecto, el otro estaba más ricamente dotado de los atractivos frívolos y de las exterioridades graciosas que arrastran y seducen á las mujeres.

La baronesa no tardó en pensar que hubiera sido para ella la suprema dicha haber hallado antes al duque Humberto de Vaudrey y haber sido duque-

sa, en vez de encadenarse con vínculos que se le hicieron insoportables en cuanto aquel amor adúltero, dos veces criminal por la gratitud debida al hombre que la había elegido pobre para colmarla de bienes, se apoderó de su corazón y la enloqueció completamente.

El duque le describía su pasión con términos tan ardientes, que se dejaba sorprender por sus protestas mentidas y vanas, pero dichas con la gracia teatral, que era, sin duda, la más real de sus cualidades engañosas.

La baronesa llegó á concebir el monstruoso pensamiento de que sería para ella una inmensa felicidad poner á los piés de su amante los millones que debía á ternura de su marido á quien de día en día aborrecía, pagándole su amor con la más vil ingratitud y la traición más odiosa.

Cuando entró el duque parecía preocupada y descontenta.

Sus brillantes ojos se fijaron en los ojos negros de su amante con una tenacidad y persistencia que sorprendieron al duque.

Este se sentó á su lado en el diván y la atrajo á sí, diciendo:

—¿Qué ocurre? ¿por qué tan mal humorada?

—¿Quieres saberlo?

—Sin duda.

—Pues bien, estoy celosa.

El lanzó un suspiro como quien se quita un peso de encima.

—¿No es más que eso? dijo.

El dormitorio donde le recibía era un verdadero nido de amor.

El lecho, adosado á la pared, se adelantaba frente á la chimenea bajo una nube de paños azules y grises de colores apagados, cuya sola vista producía una sensación de bienestar.

Una alfombra de pálidas flores apenas perceptibles cubría el suelo, y en las paredes, los mismos colores acariciaban los ojos á la luz de dos lámparas con pantallas de encaje.

Apenas si el oro de alguna talla de los muebles brillaba acá ó allá sobre aquel fondo suave en la semi-obscuridad de aquel retiro cuya puerta solo el marido hubiera debido franquear.

—Luego piensas darme, añadió el duque, una escena de recriminaciones y de quejas? Ea, querida Luisa, ya te escucho.

El lanzó en derredor una mirada recelosa y la fijó en el reloj, indiferente á los encantos de las tres mujeres desnudas que se enlazaban bajo la esfera en voluptuosa danza.

Y como su amante callase:

—Tienes, le dijo, una audacia... que acabará por producir alguna catástrofe.

—¡Y eres tú quien tiembla! repuso la baronesa. ¡Temes una sorpresa! ¡Antes no pensabas, en eso! ¡Eras viva llama! Ahora reflexionas... Calculas... Luego, no me amas. Por eso he querido verte.....

—¿Por qué no me has citado en el sitio de costumbre? Allí, al menos, nada teníamos que temer.

Vernos aquí, en el palacio del barón, es temerario.

Le cogió las manos y le habló más dulcemente.

—Seamos razonables, dijo. Tu marido puede sospechar algo. Es frío, político, callado. Esto constituye su fuerza. Si quiere emplear su penetración en averiguar nuestros amores, lo logrará sin duda gracias á tus imprudencias. Puede ganar á los criados... comprar á tu confidente á esa Luciana.

—Respondo de ella como de mí misma.

—Sea. Pero ¿y los otros? Sólo por tí temo, porque yo ¿qué riesgo corro?... Una estocada ó un balazo no me espantan... pero, con razón ó sin elle, tei go presentimiento...

Se volvió con viveza hacia la puerta del tocador.

—Y mira, precisamente, dijo frunciendo las cejas, no me engaño. He sentido pasos por esa parte. Se lanzó hacia el oscuro gabinete.

Era una vasta cámara llena de muebles bajos y de objetos preciosos, espejos admirablemente cincelados, cajas de polvos, frascos de plata que podrían ser la fortuna de una casa; y, en fin, todo el aparato lujoso más bien que necesario, de la coquetería femenina.

Una lamparilla cogida del florón del techo en que unos Amores de Chaplin, el pintor elegante, jugaban en un cielo azul, lanzaba sobre aquel paraíso de las Gracias su luz amortiguada por cristales grabados.

El duque nada vió y pareció contrariado.

El gabinete estaba vacío.

Nada indicaba en él la presencia ó el paso de un importuno.

Parecía imposible habersengañado, pero había que rendirse á la evidencia.

—¿Y bien?—le preguntó curiosamente su amante cuando volvió á su lado.

—Nada.

—Padeces extrañas alucinaciones—le dijo.

—Sea.

—En otro tiempo hubieras pasado entre llamas por hallarte á mi lado; por lo menos así lo decías. ¿No te acuerdas?—siguió la baronesa.

—¿Es cierto?

—No se si te crea. Yo soy como tú, Huberto; tengo miedo también; pero no á las sospechas de mi marido, que no piensa en nosotros.

—¿Pues á qué?

—Conozco que tu amor se apaga, que te alejas..

—¡Delirios!

—Que no eres el mismo.

—Ilusiones.

—Y, en fin, he oído palabras que me han aterrado.

—¿Con qué motivo.

—¿No se trata del matrimonio?...

—¿De quién, justo cielo?

—Tuyo.

El duque, que hasta este momento respondía con distracción, atento al gabinete de tocador, como si estuviese alterado y esperando ver á cada instante levantarse la cortina y aparecer algún fantasma, se

echó á reír algo forzosamente, y, levantando los hombros, dejó el divan y fué á apoyarse en la chimenea.

—Comprendo al fin—dijo.—Esa es la causa de esta locura y de tu prisa por interrogarme, que no te ha hecho retroceder ante una profanación del santuario conyugal! ¿Un matrimonio? ¿Para disipar tu temor, necesitareé jurar que no he pensado en semejante cosa ni un instante?

—¿Es cierto?

—Por las cenizas de mis antepasados, te lo juro.

—¿Y en adelante no pensarás en ello?

—¡Oh! eso es de lo que no podría responderte...

Las facciones de Luisa Renaud se contrajeron tan súbitamente, que el duque añadió espantado:

—Si no te amase tan apasionadamente,

Pero el golpe estaba dado.

El duque prosiguió con su desdeñosa ironía:

—La verdad es que me haría falta un buen dote para arreglar mis asuntos.

La joven se acercó á él bruscamente, y hundiendo su mirada en los ojos de su amante, como para penetrar en su pensamiento:

—¿Has tenido pérdidas?—preguntó.

—Enormes.

—¿Andas quizá apurado?

—A veces. No soy como los Bresson. No tengo sangre de proveedores en mis venas. No sé calcular ni ahorar, y se ha insinuado en mi fortuna

cierto desarreglo. No podría decir con exactitud lo que me queda. He sembrado dinero á la ventura.. Pero dejémonos de estas miserias. A los comerciantes y notarios con ellas.

—¿Y—siguió la baronesa—tu matrimonio podría arreglar esa situación dificultosa?

—¡Diantrel!

—¿Tú crees?...

—Sin duda. Esta mañana me ha visitado mi administrador; y este hombre, que habla como el más sabio, así me lo asegura.

—¿Y que sería yo entonces?

El respondió cínicamente.

—¿Tú, mi querida Luisa? Pues lo que eres ahora: la baronesa Santiago Bresson, la mujer legítima de un banquero dorado de la cabeza á los piés, de los desvanes á la cueva, ¿me impediría esto idolatrarte? Aunque yo me casase, ¿no estás tu también casada?

La baronesa se mordió los labios, se estremeció y volviendo á su idea:

—¿No es verdad?—dijo—¿no es cierto? ¿no piensas lo que digo? Quieres ponerme á prueba. Es una burla cruel. Te amo tanto que si tuviese que renunciar á tu amor...

Luisa vaciló un segundo.

—¿Qué—preguntó el duque.

—No podría vivir.

—¡Bah!

—Me mataría creeme.

—¿En medio de estas magnificencias?—repuso burlonamente el duque—¿En este palacio? ¡Sería una locura! ¡Renunciarías á esta vida de lujo, de triunfos y placeres! Déjate de eso.

—¡No se de qué no sería capaz por defender mi dicha!

—¿Pero hasta ese extremo?

—Si.

—Me espantas.

—Oye—dijo ella con pasión—tu eres para mí cuanto amo en el mundo; te pertenezco en cuerpo y alma, pero has de ser exclusivamente mio. Y mira si deseaba tenerte aquí esta noche, era para figurarme después que te veía aquí siempre. Ya que no puedo tener la realidad quiero tener el sueño.

Si se hubiese fijado en los dedos de Vaudrey, los hubiera visto crisparse por una impresión de hastío.

—Es eso es lo que yo temo—dijo el duque.—Detesto las exageraciones, las violencias, los temores ridículos, las sospechas, las cavilaciones y todo el odioso cortejo de unos infundados celos. Si á veces te evito, Luisa, es por necesidad y por prudencia. Nuestras relaciones no son de las que puedan ser anunciadas por carteles, como el programa político de un candidato. Es preciso guardar las conveniencias, tener miramientos sociales, pensar en los miles y miles de ojos que nos observan como otros tantos espías. En una palabra, lo que yo defiando, amada mía, es tu reputación, y tú, en vez de dar-

me quejas debieras bendecirme por ello y darme fervientes gracias. ¡Cuántos conozco que, enorgullecidos por tan lisonjera conquista, publicarían á son de trompeta su felicidad en calles y plazuelas!

Tener una amante como tú, Luisa mía, la mujer más bella y encantadora que puede lisongear los sentidos y la vanidad del hombre, es un verdadero triunfo, y bien sabes cuántos hay que querrían conseguirlo, para jactarse de él y comprometerse. Sé, pues, razonable, y considera que te amo discreta, pero ardentemente; que todos mis pensamientos, cerca ó lejos de tí, sean siempre tuyos; que mi mayor felicidad sería vivir constantemente á tu lado, no dejarte un momento, darte mi nombre, y ser siempre y exclusivamente tuyo, lo cual, por desgracia mía, es imposible.

Habíase animado poco á poco, electrizado por la magnífica hermosura de la baronesa, que escuchaba su voz vibrante con el arrobó de una melodía deliciosa.

—Ese es también mi deseo—murmuró Luisa. No hay hora en que no piense en tí. ¡Si fuese libre! ¡Qué embriaguez! ¡Qué alegría!

—Por desgracia—dijo amargamente el duque—no piensa el barón en dejar á otro su puesto. Vivirá cien años. Esos brstones son de granito, hechos de cal y canto. Fuerza es rendirse á la necesidad y contentarse con la parte que nos toca. Volvió á sentarse junto á la joven y la cubrió de besos.

—Sea lo que Dios quiera, querido duque—dijo

ella estremeciéndose de gozo, —quiero creerte. Ordena y serás obedecido. Tú lo eres todo para mí: ¡mi señor y mi dios!

Y bajando la voz.

—Pero repíteme que me amas—añadió.

—¿No lo sabes?

—¿Que me amarás siempre?

—Siempre.

Luisa estaba irresistible.

—¡Juráme que no te casarás nunca!—añadió.

Sus lánguidos ojos le miraban fijamente con estremada ternura.

Sin embargo, no respondió el duque.

Levantó la cabeza y volvió á aplicar el oído.

Luisa Renaud hizo un movimiento de impaciencia.

—Jamás te he visto así, dijo.

—Cierto.

—¿Pues qué tienes?

—¿Yo? respondió Vaudrey muy turbado y nervioso.

—¿Qué te inquieta?

—No lo sé.

—¿Todavía?

—Experimento una impresión extraña. Me parece que nos amenaza una desdicha.

—¿Eres supersticioso?

—No.

—¿Entonces tu alma se halla en otra parte?

—No podría negarlo. ¿Dónde está el barón?

—En su castillo de Villiers, cerca de Corbell, pa-

ra llevar á cabo obras y dar órdenes. Ya sabes á qué extremo lleva el arraglo en todo. Ejecuta punto por punto cuanto ha decidido. Volverá pasado mañana. No se anticipará ni un minuto. Además, Luciana está alerta.

— ¡Luciana! observó con desconfianza el duque.

— Déjate de temores, dijo la baronesa.

Y se burló de su miedo.

¿Santiago Bresson? ¡Bastante pensaba en ella! No dejaba de ocuparse en otros asuntos más urgentes. El dinero era el único que podía apasionarle. Todas las noches hacía el balance del día, calculando cuánto más rico era que la víspera.

Lo puso en ridículo con el descoco de las mujeres que pisotean al hombre á quien no han amado ó á quien ya no aman, para sacrificarlo á su ídolo.

Hacía algunas horas, poco antes de partir, ya había estado su marido en aquella sala donde todo invitaba al placer, habiéndole de negocios, explicándole que su capital pasaba, por fin, de treinta millones, sin contar la parte de su hermano?

Le hizo una descripción tan falsa como burlona de aquel marido glacial como un autómeta. Se explicaba en aforismos, hablaba de números y se iba como había venido.

Muy generoso, por otra parte, sin negarle nada de cuanto se adquiere con dinero, dispuesto á anticiparse á sus caprichos, y envanecido con la inmensidad de sus recursos.

Ella confesó por fin que no le hacía justicia; pero no le amaba y le era imposible amarle.

Después de todo, ¿era suya la culpa?

¡La eterna queja de todas las adúlteras!

Se había casado por necesidad, por horror á las privaciones á que la condenaba su pobreza. Había dado, por fuerza, su consentimiento para evitar las humillaciones consiguientes á las muchachas sin fortuna.

¡Qué diferencia, si en vez de aquel banquero de seco corazón y formas rígidas, se hubiera casado con el duque! ¡Con qué delicia se le hubiera entregado! ¡Con qué placer se le entregaría si cualquier accidente imprevisto la libraba de la odiosa cadena.

A él, á él solo amaba; á él solo llamaba con todo su corazón, cuando lo adivinaba, sin conocerlo, en sus insomnios de doncella.

— ¡Ah! tú reprendes mis imprudencias, exclamó la baronesa; pero si he querido verte aquí, en esta habitación, es para que te llene tu recuerdo; es porque por una hora que en ella pases, ¡me dejarás años enteros de ilusión y de dicha! ¿El peligro? ¡Qué me importa! ¡Por poseerte siempre descendería hasta el crimen!

Describióle su amor con impudor supremo.

Mostróse feroz é implacable con aquel marido que la hacía tan feliz y envidiada.

Logró por fin enardecer con el fuego de su entusiasmo, la inquieta frialdad de su amante.

— Tienes razón, suspiró el duque en un arranque de deseo; olvidémoslo todo.

Se dejaba caer á sus piés, cuando la cortina del gabinete se separó de nuevo.

Por muy ligero que fuese el ruido, lo oyó la baronesa.

Enderezóse de un salto, y se soltó de los brazos de su amante, ahogando un grito.

Su marido estaba delante de ellos.

El barón Santiago estaba pálido como un cadáver, pero parecía tan tranquilo, tan dueño de sí, como si oyese á un cliente en sus oficinas de la calle Bergere.

Paseó una mirada firme por la sala, dejó caer la cortina sin pronunciar una palabra, echó el cerrojo á la puerta é hizo lo mismo en las otras salidas del dormitorio.

Volvió después á la chimenea, se apoyó en ella y dijo con la mayor sangre fría:

—Ahora estamos solos y podemos hablar. Nadie puede interrumpirnos.

III

EL BALANCE DEL SEÑOR DE VAUDREY.

Para que se comprendan los pensamientos que asaltaron al señor de Vaudrey al presentarse el barón Santiago, preciso es que retrocedamos algunas horas y reframamos la escena ocurrida en el mismo

día en la casa del duque, calle de Vancau, barrio de San Germán.

Esta casa apenas es visible para los transeúntes, que sólo distinguen de ella una hermosa verja del siglo XVII, con corona ducal, en otro tiempo dorada, y una pared muy alta, cuya cima desaparece bajo profusa vegetación de glicinias, yedras, saucos y mil plantas trepadoras.

La casa, vasta construcción de líneas severas, se levanta en el fondo del jardín, flanqueada á izquierda y derecha por grandes árboles que encuadran á maravilla su majestuosa fachada.

Su solo aspecto, en suma, basta para inspirar respeto hacia el propietario, que se comprende que no puede ser un cualquiera.

A eso de las nueve de la mañana, un ayuda de cámara, como de cincuenta años, se había detenido un momento frente á una puerta de dos hojas en el fondo de un largo corredor que dividía en dos el primer piso de la casa.

Aplicó el oído á la puerta.

En la habitación no se oía el menor ruido.

El criado estuvo indeciso algunos segundos.

—El señor duque ha pasado la noche jugando y no quiere que se les despierte, pensó. Sin embargo el Sr. Chapuzet ha dicho: para un asunto urgente. ¡Y el señor Chapuzet es un perreñaje!

Después de un momento de perplejidad, aquel servidor que parecía formal y reflexivo, adoptó una resolución.

Entró de puntillas, echó una mirada á la alcoba